

Reseña: “Crítica, disenso y el futuro de las humanidades”

Review: “Criticism, dissent and the future of the humatinities”

BÁRBARA URETA

Estudiante de Segundo año de Sociología en la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Chile.

Integrante del Comité Editorial de Revista Némesis
barbara.ureta@ug.uchile.cl

VICENTE MALTRAIN

Estudiante de cuarto de Sociología en la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Chile.

Integrante del Comité Editorial de Revista Némesis
vicentemaltrain@gmail.com

SEBASTIÁN BUZETA SALGADO

Licenciado de Sociología en la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Chile.
Director e integrante del Comité Editorial de Revista Némesis
sebastianbuzetasalgado@gmail.com

Judith Butler (Cleveland, 1956) es, a tiempo presente, una figura destacada entre quienes pretenden conjugar las promesas, espacios y tareas del activismo político con aquellas inherentes a la labor intelectual llevada a cabo en instituciones. Académica del Departamento de Literatura Comparada y del Programa de Teoría Crítica de la Universidad de Berkeley, Butler se ha desplazado desde sus primeras reflexiones acerca de la performatividad del género hacia lo que ha venido llamando más en general una ontología política de la vulnerabilidad, esto es, la pregunta por los marcos éticos y políticos que determinan que algunos grupos, individuos y cuerpos estén particularmente expuestos a situaciones de violencia¹⁴. A la base de este trabajo se encuentra la constatación de que las regulaciones normativas que dan forma y contenido al mundo social autorizan la realización de un daño distribuido desigualmente. Vidas precarias, con formas particulares de reconocimiento o negación coaguladas en selectivas políticas de duelo, la delimitación de las muertes por las que corresponde condolerse o no. Tal ha sido el centro de su proyecto intelectual en la última década, al que ha venido sumando recientemente la pregunta por las prácticas de solidaridad y resistencia derivadas de manifestaciones concretas de la vulnerabilidad. De su autoría está por publicarse “La fuerza de la no-violencia: Lo ético

¹⁴ Debemos esta observación a Camilo Sembler, Sociólogo y Magíster en Filosofía Política de la Universidad de Chile y Doctor en Filosofía Social de la Johann Wolfgang Goethe-Universität, Frankfurt am Main, Alemania.

en lo político”, donde elabora una concepción de la no-violencia como medio político necesario para procesar en clave democrática la conflictividad social.

En abril de este año Butler visitó nuestro país, invitada por la Universidad de Chile a inaugurar el Año Académico 2019 y el Centro Interdisciplinario de Estudios en Filosofía, Artes y Humanidades (CIEFAH), entidad que durante el mes de julio organizó un CHCI Global Humanities Institute, bajo la consigna “Desafíos de la Traducción. Problemas teóricos, densidades prácticas: violencia, memoria y lo intraducible”. A lo largo de su estadía la filósofa recibió, además, la distinción Honoris Causa, y participó del conversatorio “Palabras Públicas”, junto con representantes de los movimientos feministas y estudiantil. Fuera de esto, tuvo ocasión de recorrer el Museo de la Memoria y los Derechos Humanos, de atender entrevistas con la prensa y de reunirse en Valparaíso con feministas y con el alcalde Jorge Sharp. El día 4 de abril, en el contexto de la inauguración del año y del centro de estudios en cuestión, Butler ofreció a nuestra comunidad la conferencia titulada “Crítica, disenso y el futuro de las humanidades”, cuya reseña presentamos hoy a las y los lectores de Revista Némesis. El texto está contenido en el libro digital “Judith Butler en Chile y en la Chile”, publicación gratuita a cargo de la Vicerrectoría de Extensión y Comunicaciones de la Universidad de Chile¹⁵.

En la conferencia, de poco más de cuarenta minutos de duración, Judith Butler se permitió desarrollar una serie de cuestiones relativas a la condición crítica de las humanidades en la coyuntura histórica actual. Varias razones aseguran la relevancia de esta aparición pública, entre las que se cuentan la vitalidad y novedad perfiladas en la exposición de la labor crítica, sobre todo en términos de su encarnación solidaria con grupos oprimidos; la representación del poder y la violencia, el género como concepto y movimiento, las maneras con que Butler figura el medio y los elementos de trabajo en el área humanística, el punto donde se ubica la autora en su trayectoria intelectual, y las resonancias o disonancias que es capaz de producir en las y los cultivadores de las ciencias sociales en América Latina, dados sus a veces problemáticos o inconfesados vínculos con las humanidades. Todos estos asuntos toman parte en las declaraciones de Butler, que adquieren un cariz nuevo a la luz de la historia en curso, considerando los diversos potenciales que el momento chileno hoy desentierra.

La autora introduce la reflexión con algunas palabras sobre el futuro y las humanidades. Un atributo esencial cuando se piensa en cualquier futuro tiene que ver con su imprevisibilidad. Interpretar los caminos aún no consumados del mundo en que vivimos como una realidad absolutamente predecible, equivale a suponer la

¹⁵ Nuestros agradecimientos a Jenifer Abate, jefa de gabinete de Vicerrectoría y extensión de la Universidad de Chile por facilitarnos la publicación con la clase magistral de Judith Butler.

reproducción sin más de una violencia y una desigualdad perpetuada por la desesperanza política. En ese sentido, interrogar la apertura del porvenir demanda imaginación, que es un elemento básico de las humanidades, la actividad expresiva y conceptual que amplía el espacio de lo pensable. Es en esa orientación y forma de proceder que ellas se vinculan con un futuro que ha adquirido urgencia habida cuenta de un contexto en apuros. Así, las preguntas fundamentales sobre por qué, dónde y con qué herramientas las humanidades se comprometen en imaginar el futuro, las responde Butler indicando su importancia para la aprehensión de nuestro mundo. Las humanidades, que alojan en compartimentos institucionales –pero que exceden con mucho esas ubicaciones–, son necesarias para interpretar hechos y actuar en concordancia, al enlazar en narrativas acciones y sus consecuencias o al ahondar en la relación entre forma y pensamiento, en las imágenes, modos de comunicación y modos de persuasión con que las producciones humanas adquieren rendimiento. Para comprender las condiciones y posibilidades de un fenómeno enmarcado en una trama de relaciones el ejercicio de las humanidades es vital, necesario en el mundo público y en la actividad científica e intelectual. Al mismo tiempo, si por el momento histórico la inquietud hacia el futuro envuelve a las humanidades, ello se debe a su arraigo en nuestra experiencia sensible, al motivo de ser cuerpos procurando persistir también en la práctica del conocimiento. Incluso la modalidad más abstracta de pensamiento retiene esa génesis, que dialoga con las tareas, responsabilidades y motivaciones cotidianas del trabajo humanístico.

En un cierto punto la exclusión e imposición articulada mediante normas en crisis es cuestionada por quienes se dedican a las humanidades. Con esta indicación, Butler pasa a profundizar el carácter de la crítica en general y en las humanidades en particular. La acción crítica, haciéndose parte del conflicto abierto con las normas, ayuda a fijar el carácter existente y diverso de las y los sujetos, además de denunciar los sesgos que habitan en las representaciones producidas por las formas corrientes y académicas del pensamiento. Al entrar en contacto con experiencias de vulneración y resistencia, la crítica contribuye al reconocimiento de vidas que se sostienen con precariedad y que no se experimentan con plenitud. Esto implica que lo que hay de auténticamente crítico en una teoría que busca orientarse en esa dirección no se desprende de cómo pueda ésta explicárnosla o del hecho de haber reflexionado en las condiciones históricas que posibilitaron el surgimiento de tal o cual suceso. La crítica se presenta polimórficamente, pero en lo fundamental interpela la orquestación del mundo, vale decir, los marcos que jerarquizan, relacionan, presentan y ocultan ámbitos enteros de la realidad. No es la pura negación escéptica de lo existente. Moviliza el conocimiento y la imaginación de las humanidades en la labor activista por mostrar las inscripciones del poder, sus exclusiones y reproducciones. Contrario a lo que plantean sus detractores, no pierde nunca de vista las circunstancias, ni deja por eso de afirmar

alternativas. Antes bien, de lo que se trata es de atender y replantear estados efectivos para mejorar su comprensión, abriéndolos a resignificaciones encaminadas políticamente. Su instante afirmativo, aunque no directamente prescriptivo, sí que está movilizado por experiencias materiales, idearios y proyectos actuantes en el horizonte de lo humano.

Podría suponerse que, por ser instancia de encarnadas manifestaciones, la crítica no fuera más que una capacidad subjetiva. Butler se previene de esa interpretación. A su modo de ver, emparentado con el de Walter Benjamin, citado por ella misma en la conferencia, el término describe una relación especial entre condiciones temporales del pensamiento y formas de juicio que buscan realizar ideales políticos. Esta relación se configura dentro de un advenimiento histórico. La aparición de la crítica obedece a condiciones abiertas en un mundo objetivo en constante transformación. De todas formas, pese a no descansar en la cara subjetiva de sujetos animados por relaciones objetivas, la acción crítica respalda y contempla la interrogante hacia la propia condición, en el predicamento de vivir de una manera que permita a una vida florecer y dolerse. En la otra cara, aun cuando la crítica no se dirige contra toda normatividad, por cierto que desafía los muros del conocimiento y de lo debido. Y, como todo desafío, sufre la reacción. El esfuerzo por proscribirla del espacio público y las academias aprovechándose de los límites impuestos aspira a un control dogmático de lo que es imaginable. Una intervención operada contra las humanidades críticas, como la criminalización de la pesquisa intelectual, integra un continuo donde la violencia sostiene también asesinatos y otras prácticas del poder.

Antes de emprender el cierre de la conferencia, la filósofa estadounidense dedica un momento para reflexionar respecto del potencial crítico del género como espacio de investigación y como materia de reivindicaciones colectivas. Coincidentemente, especifica un poco mejor ciertos elementos esbozados con anterioridad. La crítica al patriarcado permite pensar en aquellos seres que ingresan en las categorías binarias estabilizadas y en quienes se encuentran excluidos, en sus relaciones y en las jerarquías que imponen desigualdad y explotación. Criticar afirma la vida en su búsqueda de una libertad establecida en el mundo objetivo, sin prescribir una conducta o modo de encarnar, volviendo así pensable la diversidad. Su oposición a restricciones injustas, desigualdades o violencias no es destructiva ni desorientada. En esa línea, la crítica no está exenta de ideales normativos, compartidos –con diferencias y similitudes– por el mundo público y la vida académica.

Butler finaliza haciendo una síntesis y reflexionando acerca de la traducción, actividad de las humanidades y tema del futuro encuentro. Ante las problemáticas emanadas de la vida social aconseja la porosidad del mundo académico. Provee, además, un esquema somero en el que los movimientos sociales desafían a las academias, mientras que el

trabajo intelectual les otorga inspiraciones conceptuales. La imagen de mundo transformado que se prefigura con las humanidades críticas permite pensar en un futuro donde lo que quiere decir libertad, igualdad y justicia consigue reevaluarse. En ello, la construcción imaginaria de otros mundos y el ejercicio de la traducción contribuyen a procesar la ajenidad sin desplazarla: realizan la aspiración ética de vivir en una constelación multilingüe. ¿Cómo escuchar una lengua que unos conocen como extranjera y otros la viven en su condición materna? ¿Cómo enfrentarnos con lo enigmático sin destruirlo? Ojear imaginativamente el mundo de un modo crítico proporciona una opción.

Judith Butler invita a abrir el mundo desde construcciones alternas, lenguas ajenas. A través de hondos y a veces cáusticos aportes a la teoría feminista, la teoría política y de la justicia, la filósofa arriba a esta conferencia con una muestra ejemplar de su original pensamiento. La autora ha compartido con la comunidad un lente desde el cual se observan los frutos, raíces, obsesiones y tránsitos de décadas de honesto y riguroso trabajo intelectual. Su lectura, por lo tanto, estimula posibles preguntas de investigación dados los matices y contrastes logrados por diferencias insinuadas entre registros. La lengua, que es una, en ocasiones habla con distintos tiempos. Se podría elaborar, por ejemplo, una interacción valiosa entre el concepto de género y el de cuerpo, enfatizados de diferente manera en la conferencia. A lo mejor, atender sus movimientos nos permitiría pensar con mayor claridad y con más de una óptica el amplio espectro de manifestaciones con que grupos humanos desafían creativamente diversos órdenes articulados, el patriarcado, el capitalismo, el colonialismo, por medio de la crítica teórica y la reivindicación que se toma el espacio público. En la medida que ambas nociones no se identifican ni agotan mutuamente, aunque se presupongan, sugieren una brecha que corresponde interrogar con imaginación. Ocurre, tal vez, que las luchas se construyen de modo heterogéneo, pero que se inician y orientan por similares experiencias y principios históricos. Alguien podría argumentar que la alianza entre sistemas de dominación es contingente, porque se sujetan en dimensiones diferenciables de nuestra existencia, y otra u otro pudieran acaso defender lo contrario, que la unión es necesaria porque cuerpo y género son indisociables y simultáneos, al igual que sus operaciones de explotación. Da, por lo menos, cabida a la pregunta por la legitimidad o ilegitimidad de hibridaciones usuales: feminismos neoliberales o socialistas, prácticas racistas en proyectos de emancipación. En fin, con tanto que desgranar la continuidad del trabajo en ciencias sociales y en humanidades pareciera quedar asegurada por un tiempo más.

Así pues, sin dejar de reconocer la quizá problemática situación de la academia en la actualidad, Butler no se amilana frente a quienes quieren ver en las humanidades poco más que un vano sectarismo. Desdeñarlas aspira equivocada o inescrupulosamente

arrancarles cualquier potencial transformador. Aparte de contener la transformación, por supuesto. Por su parte, a quienes estudiamos sociología nos interpela no sólo cuestionando lo crítico de nuestra crítica, las posibilidades efectivas de transformación abiertas por el ejercicio intelectual y profesional. Ayuda también a delatarnos cuando negamos la imaginación en provecho supuesto de una capacidad explicativa que no es tal. Mirando hacia el futuro, las y los científicos sociales debiéramos recordar que preguntar por el porvenir no se resume sencillamente en el esfuerzo por proveer hipótesis sobre lo que con probabilidad llegará a ocurrir. No necesitamos llegar con todas las respuestas, sino volver a las preguntas. En el trabajo de rastrear asociaciones tenemos la oportunidad de conectar la afirmación de vidas diversas, vulnerables, con ensayos interpretativos y con un desempeño disciplinar que se ha de reconocer inmerso en el mundo público. Aun cuando no resonamos mucho en aquel, podemos sin embargo emplear las herramientas de la crítica para mejorar los canales que configuran la mencionada porosidad. Por poner unos pocos casos, ante la desregulada mercantilización de un conocimiento apenas comprado por especuladores del campo científico, editorial y poco más; la sobreestimación cómoda de las inconmensurabilidades entre abordajes teóricos, con la consiguiente eliminación de fecundas discusiones; o el lugar de la evidencia y la participación en la implementación de políticas públicas. Debemos seguir criticando. La imaginación sociológica habilita un derrotero de resurrección de la vieja, y hoy en apariencia poco realista, sociología comprometida con la transformación social. Una más humilde y menos maximalista, eso sí.

Las distintas tesis que Butler expresa alrededor de la crítica, la violencia, la subjetividad corporizada y las humanidades proveen claves para indagar en los acontecimientos del Chile reciente. Asimismo, elementos del propio proceso podrían emplearse para ahondar o cuestionar ciertos puntos de su argumentación. Por ahora sólo nos limitaremos a esbozar unas cuantas ideas y preguntas por responder. El énfasis en la corporalidad precarizada, problematiza que el contenido y la fuerza de las reclamaciones se impulsa única y prioritariamente por móviles socioeconómicos. Por lo menos incita a indagar en los cursos que dieron lugar a su cristalización, sin dejar de atender ese aterrizaje experiencial, que acostumbra a ausentarse. Es probable que existan cuestiones de trato y reconocimiento que, coaguladas en demandas económicas, sean incluso capaces de colocar en entredicho cualquier medida de gobierno guiada por un estricto vocabulario de mejoras materiales. Este principio difuso que es la experiencia de vulnerabilidad dificulta, por lo demás, la aprehensión y conducción que pudiera desarrollarse desde la actividad política consolidada en idearios y organizaciones políticas definidas. No vuelve su inscripción evidente de inmediato. Está abierto al aprovechamiento de los intereses más contrapuestos, y a nadie debiera sorprender que la historia siga con su porfía.

En ese sentido, lejos de negarle un camino a la izquierda, los progresismos o disidencias de diverso cuño, lo que se intenta aquí es resaltar que la politización es laboriosa y que está todavía por realizarse. En este preciso momento, alegar la genealogía izquierdista de ciertas demandas puede ser una forma de autocomplacencia poco convincente para quienes llenan las calles, como también un objetivo político válido, para el que pueden ensayarse pasos decisivos en aras de su generalización. Las maneras con que se procuren enlazar crítica y movimiento tienen su parte en estas definiciones.

Por otro lado, si Butler puede hablar de la violencia en los términos que utiliza, es en alguna medida dada la tradición anglosajona que la distingue de la mera agresión en virtud de su carácter normativamente negativo y arbitrario, o por divorciar agresión y violencia de acuerdo con escalones antropológicos de complejidad ascendente. Esto resulta innovador cuando se vincula con la crítica del poder desde una perspectiva posfundacionalista, pero no deja de levantar sospechas. En primer lugar, identificar la violencia con el poder no resuelve el enigma relativo a por qué hechos de esta condición en ocasiones nutren a las movilizaciones y en otras las asfixian. La relación entre poder y violencia es bastante más que opaca. Un aspecto interesante de la acción colectiva en el caso chileno, y que tiene que ver con el poder que ha emergido desde ella, es que ni una violencia extremada de parte del Estado ni focos bastante mediatizados de violencia encendidos por sectores populares (más indirecta y leve que la primera, hay que decir, por no dirigirse a cuerpos) han bastado para detener el ímpetu de la protesta. Hasta se visualiza lo contrario, que la violencia estatal y la hipocresía de los medios han despertado en un extenso número de personas agudos sentimientos de injusticia. En el otro extremo, podría ser el caso de que la mayoría de los eventos de violencia desde el lado civil fueran el producto de un elaborado montaje policial. Poco importaría, en cuanto a que la vitalidad del movimiento no está sancionada por un poder consustancial a esos medios. De todos modos, la violencia retiene un valor estratégico que conviene investigar.

En segundo lugar, alejar a la violencia de anclajes instrumentales a fin de resaltar su cuestionable normatividad no da cuenta de los muy distintos usos que admite. La violencia quedaría reducida a los daños generados por el poder, en principio ilegítimos. Se mantiene abierta la pregunta acerca de cómo interpretar daños tan diversos. Una opción residiría en llamar violencia únicamente a aquellas expresiones verticales del poder, como la desigualdad o la explotación. No obstante, considerando que el poder no es una propiedad, sino una red más o menos descentrada de relaciones asimétricas, no parece fácil realizar esa distinción. Podría recordarse entonces el reconocimiento de ideales normativos que orientan la crítica, pero Butler limita esto a una breve concesión, de manera que no es posible argumentar desde ella y con seguridad que existan formas más legítimas que otras de administrar la violencia. Da la impresión que

la concepción de Butler figura a los grupos vulnerables en un nivel de desposesión radical, puesto que el látigo pega dos veces, primero como poder y luego como violencia, deviene por completo unilateral y no aporta luces respecto de cómo quebrarlo.

Esta dificultad para discernir matices en el campo de la violencia tiene paralelos con su visión de la crítica. La conexión con las humanidades, aunque correcta, pierde de vista que la radicalidad de una crítica liga no sólo con los márgenes de lo imaginable sino también con sus perspectivas de realización en el campo de la política. Ello configura una multitud de críticas diferentes, de cuyos encuentros y desencuentros podrían derivarse nuevas oportunidades investigativas, en la pesquisa del proceder concreto de las críticas en una situación real. La significación de la crítica académica frente a la crítica cotidiana puede considerarse un poco intelectualizada y elitista, en el sentido de que el potencial de un instante no espera a los intelectuales ni hace de éstos una versión refinada de experiencias populares. Sin embargo, la vida tiene sinuosidades que requieren de pacientes reflexiones. Por último, si es verdad que la crítica es un advenimiento histórico, ésta se halla ya materializada en arreglos sociales con estatuto de época. No es que la crítica se reinicie con cada acontecimiento de gran magnitud, lo que sería una lectura inadecuada de lo que señala la propia autora. En todo caso, la capacidad de los momentos para dar nuevas fuerzas a la crítica puede indicar que lo que adviene contemporáneamente no es el acto en sí mismo. Que la innovación moderna reside, en cambio, en la emergencia de un determinado régimen en su producción.

Urge volver pensable el quehacer imperante en humanidades y en ciencias sociales a fin de conseguir decir algo sobre cómo enfrentarnos al presente desafiante. Butler presenta una delicada sintonía con nuestra realidad y lucidez en cuanto a la necesidad de fortalecer la teoría crítica para repensar, derribar y reconstruir los sistemas con que se ataja y oprime la vida. La filósofa hace un llamado a no perpetuar dañinas prácticas hegemónicas, a darnos el espacio para imaginar un futuro distinto. Tal y como ella ha venido trabajando desde el feminismo, desafiando los límites de la construcción de quienes somos hecha desde posiciones cientistas o religiosas sustancialistas. La visita de esta pensadora da un aire fresco a quienes hoy día se encuentran esperanzados con el panorama aún sombrío al que se enfrentan la resistencia y las disidencias.